

## RESEÑAS

ALFONS GREGORI. *LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LO IRREAL: EL COMPONENTE IDEOLÓGICO EN LA NARRATIVA FANTÁSTICA ESPAÑOLA Y CATALANA*.  
POZNAŃ: WYDAWNICTWO NAUKOWE UAM, 2015. 490 PP.

Este libro es, en realidad, dos. Tal y como indica el título, se divide en dos partes claramente diferenciadas. Ambas tienen la entidad suficiente como para ser consideradas estudios fundamentales en las materias respectivas. La primera es de orden general y versa sobre la dimensión ideológica de lo que el autor denomina literatura de lo irreal, como una variante de lo que también se llama “literatura fantástica” en el libro. La conexión de lo fantástico con lo ideológico parece novedosa, ya que las visiones políticas de un universo imaginario de carácter no directamente mimético se han abordado hasta ahora sobre todo en el ámbito de la ficción utópica y científica, pero en menor medida en la fantástica. En los estudios sobre esta han predominado más bien los acercamientos basados en la psicología y en la retórica, al efecto de intentar explicar las fuentes de la *fantasticidad* o efecto fantástico de esta ficción y, en especial, su eficacia emocional a la hora de suscitar miedo o, al menos, inquietud en sus receptores. Gregori se propone demostrar que la fantasticidad admite lecturas ideológicas que enriquecen la comprensión de la ambigüedad fantástica y le confieren una trascendencia social que va más allá de la anécdota articulada en torno a una individual experiencia ominosa. La novedad del planteamiento justifica entonces la gran extensión de esta primera parte del libro, de carácter teórico y que se puede clasificar en gran parte en la categoría de los estudios culturales, hoy en día hegemónicos en el mundo académico de diversos países.

Los “planteamientos teóricos” de la primera parte se dividen equilibradamente entre los dos elementos del binomio conectado, “literatura fantástica” e “ideología”, cada uno de los cuales parte de una bibliografía amplia y pertinente que contribuye a aclarar, incluso para lectores no especializados, el tenor de cada tema. En cuanto a la ficción fantástica, se repasa brevemente la cuestión de su delimitación con respecto a las demás literaturas de lo imaginario predominantes en la (post)modernidad, desde la ficción maravillosa hasta el siempre huidizo “realismo mágico”, pasando por la *fantasy* o fantasía heroica, la ciencia ficción y el surrealismo, denominación esta no demasiado exacta para las ficciones que imitan las incongruencias lógicas del onirismo, que existían antes de ese movimiento de vanguardia y que también se han seguido escribiendo fuera de él.

Así se opera, por exclusión, una primera delimitación de lo fantástico. Tras un inciso necesario sobre los adjetivos utilizados para designar lo irreal fantástico, en que se justifica de manera convincente la preferencia por el adjetivo *preternatural* en vez de *sobrenatural*,

se avanza hacia una definición operativa de la literatura fantástica mediante una descripción crítica de las teorías anteriores. Tras reconocerse el valor histórico (y los límites) de la concepción estructuralista de lo fantástico defendida por Tzvetan Todorov, Gregori resume y comenta las teorías de lo fantástico de Irène Bessière, antes de pasar a las de Rosemary Jackson y José Monleón. Estos últimos estudiosos habían intentado aplicar a lo fantástico sus respectivos planteamientos políticos para explicar la eclosión moderna de la ficción fantástica y calificarla como una literatura subversiva, o lo contrario, a menudo sin tener demasiado en cuenta, en sus explicaciones globalizantes, la gran variedad de situaciones sociales e históricas en que se ha venido cultivado esta modalidad ficcional. Tras negar la existencia del neofantástico como tal propuesto por Jaime Alazraki, Gregori se refiere a las teorías recepcionistas sobre la literatura fantástica propuestas por Rachel Bouvet y, sobre todo, David Roas, a quien sigue en general el autor, con matices. Así lo hace al afirmar en el resumen conclusivo del libro que “solo puede ser considerado como perteneciente a la literatura fantástica aquel texto que tenga como núcleo narrativo ese fenómeno o suceso, o sea, el que provoca el conflicto que desencadena el relato” (p. 451). Este suceso desborda o anula las explicaciones racionales para los lectores que compartan una cosmovisión determinada y, por ende, los criterios para considerar que un fenómeno puede tener cabida en la verosimilitud de su contexto mundanal o que, al contrario, constituye un escándalo para la razón. A diferencia de algunos teóricos de lo fantástico, Gregori no cree que la cosmovisión cientifista e ilustrada haya sustituido por completo al sentido mágico o maravilloso de la realidad, supuestamente imperante con anterioridad, sino que ese “*mana* ya superado” (p. 454) pervive, aunque en estado de fragmentación. Sería el temor a la irrupción de ese pasado reprimido y fragmentado lo que generaría el efecto fantástico, de manera que un relato fantástico sería aquel “en que un suceso imposible se alza como motor narrativo de la historia, comportando un conflicto de naturaleza ontológica, epistemológica o existencial, con la consiguiente sensación de inquietud o temor en los lectores”, tal como se define en la contraportada, con gran acierto de síntesis.

El relativismo de la recepción de los sucesos expuestos como origen de la ambigüedad y el efecto fantásticos permite evitar generalizaciones apriorísticas basadas en una ideología de la lectura que no tenga en cuenta a los lectores concretos y sus ideas. La cosmovisión que subyace a la recepción de lo fantástico y que lo posibilita en cada momento histórico mantiene relaciones estrechas con la ideología, entendida esta en un sentido bastante amplio. Su papel en la literatura fantástica se analiza con detalle, también de forma muy convincente, en la sección dedicada a la relación entre el pensamiento y las creencias y la reacción que puede provocar en los lectores el fenómeno irreal descrito en la ficción fantástica. El recurso a estudios de psicología experimental apoya las distintas observaciones, lo que confiere a esta parte una base científica sólida desde el punto de vista del funcionamiento del cerebro humano. No obstante, este aspecto queda algo marginado, ya que el planteamiento del autor no pasa por describir los efectos físicos, neurológicos, de lo fantástico, sino por intentar explicar las bases ideológicas que contribuyen a generarlo.

Gregori no oculta el hecho de que el concepto de ideología es tan amplio que casi ha perdido pertinencia explicativa, sin haber perdido por ello su enorme influencia práctica. La vaguedad de la noción justifica sobradamente el amplio espacio que se dedica a su teorización en el libro. El procedimiento seguido es análogo al utilizado en la sección dedicada a las teorías de la literatura fantástica. Un panorama histórico de la idea de ideología contri-

buye a acotar el terreno. Como corresponde a su persistente hegemonía cultural, las teorías marxistas y postmarxistas, desde el propio Karl Marx hasta el mediático Slavoj Žižek, son las que ocupan mayor espacio. La evolución de la escolástica marxista y sus discusiones más o menos bizantinas no son fáciles de describir en términos comprensibles para un lector que no haya recibido una formación específica en este cuerpo doctrinal, por lo que las explicaciones precisas y claras del autor contribuyen a su mejor entendimiento como “estructura conceptual omnívora y, por ello mismo, creadora de corrientes contradictorias entre sí” (p. 177). En la luminosa prosa de Gregori, las muy abstractas elucubraciones (post)marxistas sobre el concepto de ideología parecen algo menos nebulosas de lo habitual y, desde este punto de vista, este libro ya solo por eso sería digno de elogio. Además, su panorama tiene en cuenta teorías más flexibles, como las de Teun A. Van Dijk y Michael Freedon, que habían hecho hincapié en el funcionamiento propiamente dicho de las ideologías, en su variabilidad intrínseca y en el modo en que se incorporan variadamente a la cosmovisión de los individuos. El funcionamiento de este pluralismo en la práctica sirve para explicar también la manera en que las ideologías y las creencias se combinan variadamente según los tiempos, grupos y personas para modificar el concepto de racionalidad, frente a la cual se alza lo irreal *irracional* de lo fantástico.

La racionalidad es ideológica. Si la ideología pretende estructurar racionalmente la visión que tienen los individuos del mundo, no puede dejar de figurar como “componente de realidad” (p. 201) en el texto fantástico. Pero, igual que lo fantástico cuestiona la realidad racionalizada, la ideología queda cuestionada al someterse al desconcierto originado en la ambigüedad fantástica, cuando no aparece fragmentada y contradictoria tanto dentro de los textos, como fuera de ellos, al contradecir o matizar el planteamiento fantástico la supuesta ideología de sus autores, y de ahí la dificultad de su lectura ideológica y el valor que ha asistido a Gregori al intentar aplicar las teorías expuestas en la primera parte del libro a una serie de relatos fantásticos españoles en las dos principales lenguas culturales del país, el castellano y el catalán, en la segunda parte.

Su estudio desde el punto de vista de la ideología se lleva a cabo de acuerdo con un método más asentadamente filológico que dependiente de las cambiantes modas de los estudios culturales, y también podría haber constituido un libro más que respetable por su objeto y calidad. Cada narración se analiza pormenorizadamente, previa contextualización. Una “[b]reve introducción a lo fantástico” en aquellas dos literaturas hispanas refuta el tópico del carácter realista de ambas y se denuncia que una concepción estrecha del realismo literario haya ocultado su rica producción de obras de imaginación en los distintos géneros, que solo recientemente se están estudiando con rigor académico, sobre todo en lo relacionado con la ficción fantástica y la (proto)ciencia ficción, desde el período llamado positivista hasta su auge actual. Teniendo en cuenta la multitud de obras fantásticas de gran interés que se habrían podido estudiar, la elección hecha por Gregori tiene el interés añadido de centrarse en textos menos conocidos de toda la época (post)moderna, desde finales del siglo XIX hasta el presente inicio de milenio, con lo que puede contribuir a ampliar el canon literario tanto castellano como catalán al demostrar en la práctica, mediante los meticulosos y acertados exámenes de las obras, que estas merecen de sobra mayor atención de críticos y lectores. Además, los escritores considerados ocupan ya en su mayoría un lugar más o menos preeminente en el canon literario, desde clásicos modernos como Emilia Pardo Bazán, Miguel de

Unamuno o Joaquim Ruyra hasta autores actuales consagrados como José María Merino o Albert Sánchez Piñol; también se sugiere que la exclusión de la ficción fantástica del canon tradicional no se justifica ni siquiera por la supuesta inferioridad de sus escritores, pues entre estos se cuentan también varios grandes nombres. Al mismo tiempo, al compartir espacio con estos, se reconoce metonímicamente una alta categoría literaria a otros menos conocidos, como Alejandro Sawa o Diego Ruiz, cuyos textos analizados justifican, por lo demás, esta positiva consideración.

Los relatos estudiados se dividen en tres secciones. La primera se consagra a los tratamientos del tema del doble, de tan venerable tradición en la ficción fantástica. La segunda versa sobre narraciones en las que aparecen objetos con propiedades preternaturales que generan el fenómeno *irreal*. La tercera se dedica a otros fenómenos fantásticos, tales como los espectros, los desajustes temporales, la confusión entre lo ficticio y lo real en un marco metaliterario u otros sucesos racionalmente inexplicables. En cada análisis, a un comentario pluridimensional y filológicamente impecable del texto, en el que se prima la explicación de su sentido, sigue otro sobre su supuesta ideología, en general también acertado. Queda puesta así de manifiesto la combinación de diversas ideologías, que se refuerzan o contradicen entre sí, en la mayoría de los textos, lo que confirma las teorías mencionadas de Freedden, por ejemplo. Asimismo, se compara la supuesta ideología del autor, en la medida en que es factible conocer esta, con su plasmación en el relato fantástico considerado. Unas veces, ello confirma la ideología declarada del autor, mientras que otras veces, como en el caso de Diego Ruiz, aparecen contradicciones insalvables entre el izquierdismo proclamado en su vida pública y un profundo conservadurismo en diversas cuestiones, como el papel de la mujer, por ejemplo. En la mayoría de los casos, Gregori no solo consigue demostrar el papel de la ideología en la configuración del sentido de la obra, sino que también argumenta con solidez el hecho de que la dimensión ideológica apoya la fantasticidad. Las únicas objeciones que cabría tal vez hacerle a este respecto se refieren más bien a la clasificación en lo fantástico de ficciones tales como “El caballero, la muerte y el diablo”, de Álvaro Cunqueiro, que parece corresponder más bien a lo que se llama en inglés *fantasy*, o “L’Imperi, els màgics i la *Strigiles*”, de Joan Perucho, que es una recreación moderna de la erudición miscelánea de ingenios renacentistas como Antonio de Torquemada o Pedro Mexía. Esto no impide, por supuesto, que su análisis ideológico no sea también fundado en ambos ejemplos.

Otra objeción de más calado sería la imprecisión con que se utiliza el término de “progresista”, cuyo sentido es tan amplio y contradictorio como el de la propia palabra “ideología”. Puesto que esta última se emplea con ecuanimidad y rigor en el libro, se echa de menos que no ocurra lo mismo con “progresismo” ni se especifique qué se entiende exactamente por tal cosa. Del contexto se desprende que el autor comparte la idea hegemónica en determinados sectores sociales, sobre todo en determinados ambientes académicos, de que ser progresista es intrínsecamente algo bueno y que los progresistas son moralmente superiores a los conservadores, a los que se presenta en términos sistemáticamente negativos. Sin embargo, puesto que no se especifica mayormente de qué conservadurismo y progresismo se trata, hay análisis ideológicos que pueden suscitar alguna extrañeza. Así, parece que el conservadurismo cultural de Perucho, por el que se defiende la pervivencia y la pertinencia de la cultura libresca, se contagia de las connotaciones negativas ligadas a lo conservador en el libro, de manera que podríamos preguntarnos por qué se ha escrito este, ya que hay pocas

cosas más librescas y *peruchescamente* eruditas como interesarse por “Nummius Dexter Optatus, Papa de Roma (308-310)”, de Maria Aurèlia Capmany, por ejemplo. Por otra parte, al comentar un relato nacionalista como “El vol de l’ànguila”, de Jaume Fuster, la mención, elogiosa en su contexto, de “la reivindicación política del progresismo y el pancatalanismo” (p. 440) coloca ambos términos en una relación de equivalencia, lo que podría chocar a quienes no consideren progresista el pancatalanismo. Este coincide conceptualmente con movimientos de ideología étnica no considerados normalmente “progresistas”, tales como el panturanismo de los Jóvenes Turcos o el pangermanismo llevado a la práctica por el nacionalsocialismo alemán, cuya finalidad fundamental era idéntica a la del pancatalanismo, esto es, englobar en un único Estado idealmente uniforme desde el punto de vista étnico todos los territorios donde hubiera grupos de población que tuvieran como lengua, o una de sus lenguas, el turco (u otras lenguas túrquicas), el alemán o, en el caso del pancatalanismo, el catalán.

En cualquier caso, ante la inflación terminológica de la noción de progresismo, nunca está demás introducir las matizaciones necesarias que eviten en un trabajo académico las ambigüedades que sí funcionan en la ficción fantástica. Afortunadamente, este uso acríptico de los términos de conservador y progresista parece ser uno de los escasos defectos del libro, si bien es un defecto relativo en su contexto: tal imprecisión y la petición de principio implícita de la superioridad del progresismo es de lo más corriente en la producción académica actual, por lo que sería injusto criticar a Gregori por algo hoy tan común. De hecho, el libro destaca entre la producción académica hispanista precisamente por lo contrario, por la precisión y el gusto por el matiz, además de por un refrescante planteamiento interdisciplinar. Así sale ganando la literatura española, fantástica o no, en sus expresiones castellana y catalana, a la espera de estudios comparativos similares que abarquen más dominios lingüísticos.

*Mariano Martín Rodríguez*

Proyecto HISTOPIA – Universidad Autónoma de Madrid